

## XVII

### EL PRINCIPIO DE 1858

En los primeros años del reinado de Napoleón III se cantaba con frecuencia en la Ópera *El Profeta*, obra en que las interesantes situaciones ideadas por Scribe han inspirado á Meyerbeer una música genial. En el cuarto acto, Juan de Leyde aparece en la catedral de Munster entre aclamaciones, músicas, nubes de incienso, y en el mismo momento tres anabaptistas vestidos de negro le amenazan con sus puñales. Esta escena daba en qué pensar al emperador, pues lo mismo que el Profeta tenía que temer en su triunfo complots incesantes. Sus anabaptistas eran los sicarios italianos que habían jurado su muerte.

El vencedor del 2 de diciembre había desarmado los odios franceses. Aquellos de sus súbditos que más censuraban su política desechaban la idea de matarle. A pesar de los irritantes recuerdos del golpe de Estado, á pesar de las deportaciones injustas, y de los rigores draconianos é ilegales de las comisiones mixtas, como tenían conciencia de que Napoleón III se ocupaba de su bienestar, le perdonaban, y cuando le veían penetrar sin escolta en los barrios más populosos de París, guiando él mismo su faetón, les complacía su valor. Pero los asesinos extranjeros, los adeptos de Mazzini, eran implacables. Éstos, como el Viejo de la Montaña, tenían á sueldo una cuadrilla de sicarios cuya idea fija era asesinar al emperador. Su cuartel general estaba en Londres, y allí organizaban las conjuraciones que habían de estallar en Francia. La policía de París no se daba punto de reposo. En 1857 habían sido detenidos tres emisarios, enviados de Londres, por conspirar contra la vida del emperador, juzgándose en el mes de agosto la audiencia del Sena. Eran tres italianos llamados Tibaldi, Bartoloni y Grilli. El primero fué deportado y los otros dos sentenciados á quince años de presidio. En el proceso instruído quedó demostrado que los tres individuos estaban pagados por la secta mazziniana, que erigía el asesinato en sistema. A principios de 1858 las personas que rodeaban al emperador sabían que esta secta se mostraba más activa que nunca y que era de temer una catástrofe de un día para otro. Pero Napoleón III, fatalista é inaccesible al miedo, se negaba á introducir cualquier cambio en sus costumbres y no quería tomar ninguna precaución contra los asesinos de cuyos manejos se hablaba. Cuando salía de las Tullerías no indicaba á los agentes secretos que velaban por su seguridad el itinerario de sus paseos. Cierta día en que el mariscal Magnán le exponía lo

imprudente de su temeridad, le contestó: «Basta, no quiero estar en tutela; deseo obrar con libertad y á mi gusto. Tenedlo así presente, señor mariscal.»

El público no estaba al corriente de las continuas inquietudes que preocupaban á los amigos del emperador. El año 1858 había empezado bien, y parecía que debía ser muy brillante la temporada del gran mundo en París. En el interior, el Imperio no encontraba oposición seria: en el extranjero mantenía las mejores relaciones con todas las potencias. La entrevista de Stuttgart había sido un triunfo para Napoleón III, aclamado en Alemania no menos que en Francia. El edificio, al que un rayo iba á amenazar bruscamente, parecía indestructible, incontrastable.

A principios de 1858 estaba yo en Bruselas, adonde me había enviado el conde Walewski con objeto de llevar las ratificaciones de un tratado postal celebrado entre Francia y Bélgica. Me alojé en casa de mi primo el general Pletinckx, y me proponía pasar aún algunos días con él, cuando el representante de Francia, M. Adolfo Barrot, diplomático meritísimo y hermano del ilustre orador, me envió á decir que pasara en seguida á la legación. Fui allá corriendo, y me anunció que me encargaba de un despacho muy importante, urgentísimo, y que aquella misma noche debía salir para París en el tren de las siete. Añadió que tan luego como llegara, durante la noche, debía ir directamente al ministerio de Negocios extranjeros, hacer que despertaran á M. Federico de Billing, jefe de gabinete, á quien entregaría en manos propias el despacho que me había confiado y cuyo contenido me era desconocido. Ejecuté puntualmente la orden que me había dado. M. de Billing dormía en el ministerio. Le pedí perdón por despertarle, atribuyéndolo á las instrucciones que se me habían dado en Bruselas. Me dió las gracias, y volviéndose del otro lado, siguió durmiendo.

Posteriormente he sabido lo que contenía el despacho, que no fué abierto hasta la mañana siguiente: daba cuenta de un complot contra la vida del emperador. El 7 de enero, un italiano llamado Pieri, procedente de Inglaterra, había llegado á Bruselas y comprado la tapa de una bomba fulminante. Un relojero, que tuvo noticia del caso, pasó á la legación de Francia solicitando con insistencia ver al ministro en persona. Recibido por M. Barrot, le dijo: «No soy partidario del emperador; todas mis simpatías son para los príncipes de Orleans; pero quiero impedir un crimen.» En seguida dió las señas del hombre sospechoso y los detalles más minuciosos sobre su proceder en Bruselas. M. Barrot se apresuró á escribir un despacho que contenía las declaraciones del relojero, y este despacho era el que yo acababa de llevar á París. Más adelante veremos que, á no ser por la vigilancia de M. Barrot, el emperador y la emperatriz habrían sucumbido probablemente.

El individuo denunciado era un italiano llamado Pieri, nacido en Luca y de cincuenta años de edad. Condenado por robo en Toscana, se había presentado en Francia en 1833 como refugiado político. Diez años después se alistó

en la legión extranjera: luego sirvió en Toscana, donde alcanzó el grado de mayor, pero fué destituido en 1849. De regreso en Francia y tenido por hombre peligroso, se le expulsó en 1852 á pesar de sus protestas de humilde respeto á la persona de Napoleón III. En 1858 había en París un oficial de policía, Herbert, que se acordaba muy bien de Pieri. La policía hizo las más activas pesquisas para echar mano á este último; pero hasta el 14 de enero fueron infructuosas. Estaba enterada de su proyecto, pero ignoraba que sólo desempeñaba un papel secundario en el complot del que otro era organizador y jefe. Nos referimos á Orsini.

Félix Orsini, oriundo de los Estados romanos y de edad de treinta y nueve años, se había asociado desde su juventud á las empresas de la demagogia más exaltada. En 1845 el tribunal supremo de Roma le condenó á cadena perpetua por conspiración contra el gobierno pontificio. Al año siguiente, gracias á la amnistía concedida por Pío IX, recobró su libertad, pero sin dar muestra alguna de arrepentimiento. Dos años después fué miembro de la Convención romana, y luego comisario extraordinario en Ancona y en Ascoli, donde cometió muchos abusos de autoridad y grandes exacciones, aunque sin enriquecerse personalmente. Restablecido el poder temporal del Papa, anduvo errante por Inglaterra, Suiza, Piamonte y Lombardía, viajando con pasaportes falsos y haciéndose llamar tan pronto Celsi como Herwag. Con este último nombre fué acusado en 1855 de haber preparado un complot contra la vida del emperador de Austria. Encerrado en la ciudadela de Mantua, logró evadirse de ella al año siguiente gracias á la complicidad de una mujer, y fué á refugiarse á Londres, donde dió lecturas públicas que le proporcionaron algún dinero.

Después de ser uno de los adeptos é instrumentos de Mazzini, Orsini resolvió trabajar por cuenta propia y erigirse en conspirador en jefe. Encontró á Pieri en Birmingham en 1857 y concibió con él el proyecto del atentado contra la vida del emperador. Pusieronse ambos en relaciones con un emigrado político francés llamado Simón Bernard, que residía en Londres en Bow street y era parroquiano del café Suizo, punto de reunión de los emigrados más peligrosos. Orsini se dedicó con Pieri y Bernard á la fabricación de las bombas, y para la perpetración del crimen se agregó dos acólitos oscuros, un napolitano llamado Gómez, de veintinueve años, que había servido en la legión extranjera de 1853 á 1855 y había sido sentenciado por abuso de confianza en Marsella — Orsini le tomó como criado, — y un joven de veinticinco años, nacido en Bellune y llamado Carlos de Rudio, el cual pertenecía á una familia noble de Venecia y había venido á menos más bien por su mala conducta que por la política. Sus padres habían estado comprometidos en los disturbios políticos, y él, después de llevar una vida errante, se había establecido en Nottingham como profesor de idiomas.

Orsini, provisto de un pasaporte falso á nombre de Tomás Allsop, salió de Inglaterra el 28 de noviembre de 1857, se detuvo unos cuantos días en Bruse-

las, y partió para París el 12 de diciembre, guardándose bien de comprender las bombas en su equipaje. En Bruselas encargó á un tal Zeghers que le llevara á París un caballo que acababa de comprar, y confió á este individuo diez semi-cilindros de hierro que, según decía, eran aparatos de gas. Zeghers los presentó en la aduana de Valenciennes, que los consideró como objetos tan poco importantes que no percibió por ellos ningún derecho. Aquel individuo no sospechaba que tales semi-cilindros debiesen servir para hacer bombas fulminantes, y al alojarse en París en la fonda donde paraba Orsini, los dejó ostensiblemente en el mismo sitio donde había puesto las bruzas para limpiar el caballo. Orsini acudió y escondió precipitadamente aquellos objetos que habrían podido llamar la atención.

Instalado desde el 15 de diciembre en una habitación de un piso bajo del número 10 de la calle del Monte Tabor, el jefe del complot se hacía pasar por inglés y se mandó hacer tarjetas con el nombre de Thomas Allsop. El 8 de enero se reunieron con él sus dos cómplices Pieri y Gómez. Simón Bernard debía quedarse en Inglaterra. Orsini solamente aguardaba en París al cuarto asesino, Carlos de Rudio, á quien aún no conocía y que Bernard debía enviarle. Este entregó cierta cantidad de dinero y un pasaporte con el nombre de Silva á Rudio, que partió de Londres el 9 de enero con el encargo de que tan luego como llegara á París se presentara en casa de M. Allsop (Orsini), calle del Monte Tabor, número 10, y le entregara unos anteojos de oro, señal convenida para darse á conocer. El día 10 los cuatro cómplices estaban reunidos. La policía no buscaba más que á uno de ellos, á Pieri, y no había dado con él: tampoco conocía los nombres de los otros tres, y ni siquiera sospechaba que estuvieran en París.

En aquellos momentos el público se ocupaba únicamente de los funerales de Mlle. Rachel, fallecida en Cannes el 3 de enero é inhumada en París el 11. Todos los periódicos publicaban extensas necrologías de la admirable trágica. Acabamos de revisar sus principales artículos. El de Teófilo Gautier, que celebraba á la mujer de mundo tal vez más que á la artista, era el más interesante de todos. «En la vida privada, decía el crítico-poeta, Mlle. Rachel no desvanecía como muchas actrices la ilusión que producía en la escena: al contrario, conservaba todo su prestigio. Nadie era más gran señora que ella. A la estatua no le costaba gran trabajo convertirse en duquesa, y llevaba el largo chal de cachemira como el manto de púrpura salpicado de oro: sus manos, tan pequeñas que apenas podían empuñar el mango del puñal trágico, manejaban el abanico como manos de reina. Vista de cerca, los detalles delicados de su rostro encantador se revelaban bajo su perfil de camafeo en la corola de su sombrero y se iluminaban con espiritual sonrisa. Por lo demás, ninguna tensión, ninguna actitud estudiada, y á veces una jovialidad que no se hubiera creído ver en una reina de tragedia; más de un chiste, una salida ingeniosa, una frase oportuna han surgido de aquella hermosa boca trazada como el arco de Eros y ahora mu-  
da para siempre.»

Una inmensa muchedumbre asistió á los funerales de la mujer cuyo talento fué una gloria nacional. Por la noche no hubo función en el Teatro Francés, donde había obtenido tantos triunfos. Pero al poco tiempo nadie pensó ya en la actriz trágica; otros puñales, muy distintos del de Melpómene, llamaron la atención, y el público asistió en la calle, enfrente de un teatro, á una tragedia más terrible que las de Racine y Corneille.

Orsini, *dilettante* del crimen, preparaba el atentado con la calma y los modales de un cumplido caballero. Paseaba á caballo por el bosque de Boulogne, buscando ocasiones de ver al emperador, siguiéndole á todas partes y diciendo de él: «No tiene miedo.» Conforme lo hará notar el fiscal imperial en su informe, esta frase no era un sentimiento ni un remordimiento, sino una esperanza. Orsini decía para sí: «No desconfía; me pertenece, estoy seguro de llegar hasta él.»

## XVIII

## EL ATENTADO DEL 14 DE ENERO

En el teatro de la Opera no se dan funciones los jueves, mas por excepción hubo una el jueves 14 de enero de 1858. Celebróse esta función extraordinaria á beneficio del barítono Massol, que se retiraba de la escena.

Sábese que el emperador y la emperatriz deben asistir á la función, que será muy brillante. Hace un tiempo magnífico. La multitud invade los bulevares y las inmediaciones de la calle Le Peletier.

Son las ocho. Orsini, Pieri, de Rudio y Gómez salen juntos de casa de Orsini: los cuatro criminales se han distribuído los papeles. Gómez y de Rudio han recibido las dos bombas más grandes; Orsini se ha quedado con dos más pequeñas. Pieri ha cogido la quinta, de tamaño parecido á las de Orsini. Se convino en que Gómez lanzaría la primera bomba, Rudio la segunda, Orsini la tercera y Pieri la última. Los conjurados han decidido que al llegar á la calle Le Peletier se situarían en la acera, enfrente de la entrada principal del peristilo, entre las casas y los curiosos, á la altura del número 21.

Dejemos la palabra al mismo Orsini: «Por el camino he observado que Pieri se quedaba atrás y aun he indicado á Rudio que me parecía que aquel hombre quería escurrir el bulto. Al llegar á la calle Le Peletier, pasó delante de nosotros. Nos paramos dos minutos en la esquina de la calle y del bulevar. Apenas entramos en la calle Le Peletier, he encontrado á Pieri que volvía hacia nosotros, en compañía de un individuo á quien yo no conocía. Me ha guiñado el ojo al pasar junto á mí, pero no he comprendido que quería decirme que lo habían aprehendido.»

En efecto, Pieri acaba de ser detenido en la calle Le Peletier, junto á la de Rossini, por el oficial de policía Hebert, que tenía su filiación. Se le lleva al cuartelillo, donde se le registra y se le encuentra encima una bomba fulminante y un revólver de cinco tiros cargado.

Todavía no han llegado los emperadores. El duque reinante de Sajonia Coburgo Gotha, que debe asistir á la función en el palco imperial, aguarda á SS. MM. al pie de la escalera hablando con el general Fleury. Aquel día el duque había paseado en carruaje con Napoleón III, y al pasar por el Puente Nuevo, por delante de la estatua de Enrique IV, el emperador, pensando en las tentativas que amenazaban su vida, decía al príncipe alemán: «Sólo temo un